

vides jamás sus beneficios: *Benedic, anima mea, Domino, et non oblivisci omnes retributiones ejus.* (CII. 2).

5.º Instar para que todas las criaturas alaben á Dios y le den gracias. Cielos, exclama Isaias, celebrad al Señor; tierra, estremécete de alegría; montañas, haced resonar sus alabanzas: *Laudate, caeli; et exulta, terra; jubilate, montes, laudem.* (XLIX. 13).

6.º Convertirse.....

7.º Observar la ley de Dios.

BUEN EJEMPLO.

De enseña con autoridad, cuando se predica con el ejemplo, dice S. Gregorio; porque no se tiene confianza en aquel cuyos actos contradicen su lenguaje. (1).

Necesidad del buen ejemplo.

Pastores, padres de familia, amos, magistrados, profesores, superiores, si enseñáis á los demás y no os reformáis vosotros mismos, ¿qué fuerza tendrán vuestras lecciones? *Qui alium doces, teipsum non doces.* (Rom. II. 21).

Hablar bien y vivir mal, dice S. Próspero, ¿qué es sino condenarse con su propia lengua? *Bene docere, et male vivere, quid aliud est, quam se sua voce damnare?* (In Sentent.).

Escuchad á S. Bernardo: Una alta posición, dice, y un alma abyecta, el primer puesto y una vida indigna, una lengua elocuente y manos ociosas, muchas palabras y ningún fruto, un rostro grave y una acción ligera, una gran autoridad y un espíritu inconstante, un rostro severo y una lengua frívola, son cosas verdaderamente monstruosas. (2).

El que enseña y no hace lo que enseña, es semejante á un pozo que da agua á todos los que la quieren, lava las manchas y no puede purificarse á sí mismo, dice el abate Pastor. (*Vid. Patr.*). Es semejante á aquellos postes colocados en los caminos, que guían á los viajeros y permanecen siempre en el mismo lugar hasta que se pudren, caen y son arrojados al fuego.

Es preciso, dice S. Pablo á los Romanos, renunciar á las obras de tinieblas y tomar las armas de la luz: *Abjiciamus opera tenebrarum, et induamur arma lucis.* (XIII. 12). Porque, dice á los Corintios, nos hallamos ante las miradas del mundo, de los ángeles y de los hombres: *Quia spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus.* (I. IV. 9).

Debemos dar buen ejemplo al prójimo, dice S. Bernardo, y es de nuestro deber obedecer á nuestra conciencia: *Proximo famam; nobis debemus et providemus conscientiam.* (Serm. LII. in Cant.).

Os rogamos, hermanos míos, dice S. Pablo á los Tesalonicenses, que procureis vivir quietos y que os portéis modestamente con los que están fuera de la Iglesia: *Honeste ambuletis ad eos qui foris sunt.* (I. IV. 11).

Exhortaos los á los otros á hacer bien, dice este Apóstol á los Hebreos, mientras dura el día que se apellida de Hoy; á fin de que

(1) Cum impario docetur, quod prius agitur quam dicatur; nam doctrinam subtrahit fiducia, quando conscientiam precepit linguam. *Pastor.*

(2) Monstruosa res est grædus summus, et animus infimus; seles prima, et vita inani; lingua magniloqua, et manus ociosa; sermo nullus, et fructus nullus; vultus gravis, et actus levis; ingens auctoritas, et mutans stabilitas; facies rugosa, et lingua rugosa. *Lib. Const.*

ninguno de vosotros llegue á endurecerse con el engañoso atractivo del pecado. (III. 13).

Es preciso predicar á Jesucristo crucificado, ántes con el ejemplo que con palabras. Vivid con buenas obras; porque en vano poseeréis la tierra entera; si no la cultivaseis, ningún fruto os daría.

Prediquemos con el ejemplo y persuadamos con nuestras palabras, dice S. Atanasio: *Vita nostra jubet, lingua persuadeat.* (Trac. de Virginit.).

Las nubes fecundas derraman lluvia, dice el Eclesiastés: *Si repleta fuerint nubes, imbrem super terram effundent.* (XI. 3). Estas nubes son los hombros que sin cesar dan buen ejemplo. Fecundizados por la gracia de Dios, hacen el bien, derraman la vida á su paso, templan los ardores de las pasiones, riegan las almas marchitas, y les hacen producir con abundancia excelentes frutos de vida.

El que está al frente de los demás con su autoridad, dice S. Isidoro, debe estar al frente de ellos por sus virtudes; es menester que les sirva de modelo y no tenga nada reprehensible. Porque aquel que quiere corregir á los otros, debe también estar libre de vituperio. Debe enseñar el bien; si se descuida en practicarlo, que deje también de mandarlo. (1).

Viviendo mal, dice S. Crisóstomo, enseñais, por decirlo así, á Dios cómo debe condenaros. Terrible juicio aguarda al que habla bien y obra mal. Mandar y no ejecutar, es representar el papel de histrión y de hipócrita. Dios nos ha elegido para ilustrar; debemos ser modelos. Sea el esplendor de nuestra vida una escuela pública que enseñe á practicar todas las virtudes. (2).

Es preciso, dice S. Ambrosio, que la estimación pública sea una prueba de nuestras acciones. (3).

Sólo podemos despreciar las palabras de aquel cuya vida no es edificante, dice Sto. Tomás: *Cujus vita despicitur, restat ut ejus predicatio contemnatur.* (2. 3. p. q. art. 7).

El que no hace lo que enseña, no es de ninguna utilidad para sus semejantes; al contrario, les daña y se condena á sí mismo.

O vosotros que sois cristianos, exclama S. Agustín, dad á los demás ejemplos de virtud y no de vicio: *Qui fideles estis, non eis exempla quibus pereant, sed quibus proficiant, exhibeatis.* (Serm. CCXVIII).

El Señor ha impuesto á cada uno de nosotros el deber de procurar la salvación de su prójimo edificándole, dice la Escritura: *Mandavit illis unicuique de proximo suo.* (Eccli. XVII. 12).

(1) Qui in erudiendis atque instituendis ad virtutem populus presertim, necesse est ut in omnibus sanctus sit, et in nullo reprehensibilis habeatur. Qui enim alium de peccatis arguit, ipse á peccato debet esse alienus. Doceat, que recta sunt; quapropter, qui negligit recta facere, negligat recta docere. De forma bene vivendi.

(2) Male vivendo, docet Deum quomodo debet te condemnare. Grandis est condemnatio cujusmodi sermonem suum, vitam vero suam negligenter.... Sit communis omnium schola, exemplarque virtutum, vitæ tuæ splendor. *Homil. ad pop.*

(3) Decet actuum nostrorum testem esse publicam estimationem. *Serm. III.*

A propósito de aquellas palabras del Cantar de los Cantares: *Ego flos campi et lilium convallium*: Soy la flor de los campos y la azucena de los valles; dice S. Bernardo: las costumbres tienen su color y su olor; su olor en la reputación á que dan nacimiento, y su color en los ojos de la conciencia. La bondad y la pureza de intención dan color á una acción, el buen ejemplo le presta un olor de modestia y de virtud. Con la blancura de su alma, el justo es una azucena y perfuma á su prójimo. (1).

Haced todas las cosas sin murmuraciones ni perplejidades, dice S. Pablo, para que seais irreprensibles y sencillos como hijos de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandecéis como lumbreras del mundo, conservando la palabra divina. (*Philipp. II*).

¿Qué es la rosa? Es la gracia de la primavera. ¿Qué es el buen ejemplo? Es la gracia de la virtud.

Los actos del cuerpo son los que hacen conocer el alma; los movimientos del uno son la voz del otro....

Con el buen ejemplo, obligamos á aquellos con quienes vivimos á cuidar de su exterior y de su interior; les obligamos á que guarden sus ojos, su lengua, sus oídos, sus manos, sus pies, su espíritu y su corazón....

La voz de la enseñanza es larga; la del ejemplo es corta y eficaz, dice Séneca. (2).

El hombre edificante, dice S. Bernardo, es una pila llena y un canal que espere con abundancia el agua de las virtudes. (*Serm. in Cant.*).

Nada es comparable al modelo que ofrece al cristiano virtuoso. El Rey Profeta dice, dirigiéndose á Dios: Señor, en vuestra luz veremos la luz: *In lumine tuo videmus lumen.* (XXXV. 10). Otro tanto puede decirse al hombre que edifica: con la luz que espere dando buenos ejemplos, todos ven la hermosura de la virtud y se sienten inclinados á practicarla. El buen ejemplo es como Jesucristo; ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo. (*Joann. I. 9*). Como Jesucristo, el hombre que con sus buenos ejemplos exhala el perfume de las virtudes, es en cierto modo la vía, la verdad y la vida.

El buen ejemplo es un sol resplandeciente que calienta, que fecundiza, que vivifica, y es de admirable hermosura.

El buen ejemplo es un argumento que no se puede contradecir, dice S. Crisóstomo: *Hæc est ratiocinatio, cui contradicere non potest, quæ fit per facta.* (1n Psal.). Por esto S. Jerónimo dice que la vida de

(1) Habent mores colores suos, habent et odores; odorem in fama, colorem in conscientia, Colorem operi tuo dai bonitas, et cordis intentio; odorem modestia et virtutis exemplum. Justus lilium est in se candidum, sed proximo odoratum. *Serm. LXXI. in Cant.*

(2) Longum est iter per præcepta, efficax et breve per exempla. *Epist. VI.*

Excelencias y ventajas del buen ejemplo.

los Santos es la interpretación clara y visible de las Escrituras: *Vita Sanctorum est interpretatio Scripturarum.* (Comment.).

Gedson ocultaba lámparas en vasijas de tierra; pero en la hora del combate rompe las vasijas, y con la luz que de repente aparece, espanta al enemigo, lo derrota y lo abate. El demonio, el mundo y las pasiones quedan asustadas y aniquiladas con la luz de los buenos ejemplos; porque las tinieblas, dice S. Bernardo, no pueden sufrir la luz: *Terrentur principes tenebrarum, visa luce bonorum operum; quia stare ante lucem tenebre non possunt.* (Lib. Consid.).

El que vive muy santamente, es un gran Doctor, dice S. Gregorio: *Qui magna sanctitate radiat, multa vivendo ostendit.* (Pastor.)

La luz que derraman los justos, llena de alegría los corazones, dicen los Proverbios: *Lux justorum lætificat.* (XIII. 9).

Los manantiales de agua viva corren siempre para refrescar aquellos que quieren valerse de ellos; corren siempre, hasta cuando no queremos agua. Lo mismo sucede con el buen ejemplo....

El cristiano es un compendio del Evangelio, dice Tertuliano: *Christianus compendium Evangelii.* (In Apolog.). El santo concilio de Trento califica el buen ejemplo de predicación continua: *Perpetuum predicandi genus.* (Sess. XXV. de Reform., c. I.)

La vida del cristiano debe enseñar el camino de la salvación, dice S. Agustín: *Vita debet esse salubris predicatio.* (Sentent.) Los buenos ejemplos tienen una voz más clara y más sonora que el sonido de la trompeta, añade aquel gran Doctor: *Bona exempla voces edunt omni tuba clariores.* (Ut supra).

El buen ejemplo es la sal de la tierra, la luz del mundo. Que vuestra luz brille delante de los hombres, dice Jesucristo, á fin de que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á nuestro Padre que está en los cielos. (1).

El hombre no siente el peso de sus vestidos: de la misma manera el que se reviste de Jesucristo no siente las dificultades de la práctica de las virtudes; inclina á los demás á que hagan bien, y á que se revistan de Jesucristo.

El buen ejemplo disipa las tinieblas, produce una luz viva é indica el buen camino. La virtud y las buenas obras son llamadas luz, primero porque aman la luz divina é iluminan á los hombres; segundo porque manan de Dios, que es la verdadera luz....

El apóstol S. Pablo tenía gran gozo y consuelo en las obras de la caridad de Philemon, viendo cuanto recreo y alivio habían recibido de la bondad los fieles necesitados.

El buen ejemplo hace conocer, amar, servir y glorificar á Dios, dice el apóstol S. Pedro: *Ex bonis operibus eos considerantes, glorificent Deum.* (1. II. 12).

Con el buen ejemplo, se observan y se hacen observar los man-

(1) Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in caelis est. *Matth. V. 16.*

damientos de Dios; nos presentamos así, y preservamos á los demás de toda herida grave, dice la Sabiduría. (1).

Jesucristo no dejó durante toda su vida de dar al mundo entero los más sublimes ejemplos de todas las virtudes. Por esta razón nos insta el gran Apóstol á que nos revistamos de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum.* (Rom. XIII. 14). Jesucristo es nuestra fuerza, nuestra vida, nuestro esposo, nuestro alimento, nuestra bebida, el sacerdote por excelencia, nuestro dueño, nuestro padre, nuestro hermano, nuestra herencia, nuestro coheredero, nuestra mansion, nuestro huésped, nuestro amigo, nuestro médico, nuestro remedio, el manantial de la gracia, nuestra salvación, nuestra riqueza, nuestra luz y nuestra gloria. Es el camino, la verdad y la vida: *Ego sum via, et veritas, et vita.* (Joann. XIV. 6). Es el manantial de la vida, manantial que tiene la plenitud de las aguas divinas, y apaga la sed del alma de los fieles; visita la tierra, la riega y la fecundiza. Imitémosle con una vida santa; hagamos de manera que podamos decir con S. Pablo: Sed imitadores míos, como yo lo soy de Jesucristo: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.* (1. Cor. XI. 4). Inspirémosnos en los ejemplos de Jesucristo, y edifiquemos á nuestro prójimo. Miremos é imitemos al autor de nuestra fe, dice S. Pablo á los Hebreos: *Aspicientes in auctorem fidei.* (XII. 2).

Jesucristo empieza obrando, y luego enseña, dicen las Actas de los Apóstoles: *Capit Jesus facere, et docere.* (I. 4). Así es como debe portarse el cristiano, á fin de que todos le estudien con placer, deseen hallarse cerca de él, le oigan y le imiten, y cuando todos los hombres le vean, se figuren ver á otro Jesucristo. El cristiano no es digno de este nombre sino en tanto que imita á Jesucristo y se reviste de su naturaleza divina; sin celo, el título que lleva es una palabra vana....

Jesucristo, dice S. Juan Bautista, era una lámpara ardiente y brillante: *Ille erat lucerna ardens et lucens.* (Joann. I. 35). Sobre el particular añade S. Bernardo: Iluminar tan sólo, no es nada; quemar tan sólo, no es bastante; pero quemar é iluminar es la perfección. (2). Juan Bautista, hace notar este santo Doctor, era una lámpara ardiente y brillante: no fué primero brillante y después ardiente, sino primero ardiente y luego brillante. Su luz provenía del fervor que le devoraba, y no el fervor de la luz que esparcía. (3). Así, brillar con la luz del talento y no tener el fuego de la piedad, es vanidad, error y nada más.

San Gregorio Nazianceno dice de S. Basilio: La palabra de Basilio era como un trueno, porque su vida era un relámpago: *Ser-*

Sublimes ejemplos de Jesucristo y de los Santos.

(1) Omnis creatura deserviens tuis preceptis, ut pateri tui custodirentur illis. *XIX. 6.*

(2) Tantum lucere, vanaum: tantum ardere, parvum; ardere et lucere, perfectum. *Serm. de XIST. S. Joann.*

(3) Lucens et ardens, quia Joannis ex fervore splendor; non fervor prodit ex splendore. *Ibid.*

mo Basilii erat tonitru, quia vita ejus erat fulgur. (Orat. de S. Basil.).

Los Santos esparcen el buen olor de Jesucristo: *Christi bonus odor sumus.* (II. Cor. II. 15).

Cuanto más se pulverizan los aromas, más lejos esparcen su agradable olor; cuanto más Jesucristo, los apóstoles, los mártires, los confesores y todos los Santos han sido apremiados y como pulverizados por las tribulaciones y las persecuciones, tanto más han esparcido el suave y divino olor del buen ejemplo y de todas las virtudes. Han sido un olor vivificante que causa la vida á los que se salvan: *Aliis autem odor vita in vitam.* (II. Cor. II. 16).

Como el gran Apóstol, todos los Santos han hecho el bien no sólo delante de Dios y para Dios, sino también delante los hombres y para la salvación de los hombres. (1).

S. Bernardo dice del obispo S. Malaquías, que no movió un miembro sin motivo y sin tener por objeto la edificación del prójimo. S. Luciano, sacerdote y mártir, convirtió una multitud de paganos con la modestia, la alegría y la piedad de su mirada. El emperador Maximiano habiendo oído decir á un gran número de personas que el rostro de aquel Santo inspiraba tanto respeto y amor, que si le veía, sería cristiano, le hizo tapar la cabeza por miedo de que su vista no le convirtiese á él y á todos los asistentes (*Baron. An. eccl.*).

Oíd á S. Gregorio: Abel vino, dice, para ser un ejemplo de inocencia; Henoeh, para enseñarnos la pureza de acción; Noé, para obligarnos á no perder jamás la esperanza y á perseverar; Abraham, para enseñarnos hasta dónde debe llegar la obediencia; Jacob para inspirarnos la constancia en los trabajos; Moisés, para aleccionarnos en lo que debe ser la dulzura y la mansedumbre, y Job para darnos lecciones de paciencia. Así es que los Santos, como las estrellas del firmamento, brillan para iluminarnos é indicarnos el camino de las buenas acciones, que es el del cielo. Los Santos que Dios ha hecho, son otros tantos astros brillantes, destinados á disipar las tinieblas que rodean á los pecadores. (*Lib. Moral.*) Hé aquí por qué S. Pablo dice á los Hebreos: Puesto que estamos rodeados de una nube tan grande de testigos, desprendámonos de todo lo que es pesado y de los lazos del pecado, y corramos con paciencia al término del combate que nos es propuesto: *Ideo que et nos tantam habentes impositam nubem testium, deponentes omne pondus, et circumstant nos peccatum per patientiam curramus ad propositum nobis certamen.* (XII. 1).

Lea la vida de los Santos é imite sus ejemplos el que quiere ser santo: saque del fuego y de la resplandeciente claridad de aquellos astros celestiales la luz del espíritu y la llama del corazón. A imitación de los Santos, el cristiano se aplica á defender su vida con sus palabras, y sus palabras con su vida, dice S. Gregorio: *Studet defendere loquendo quod vivit, et ornare vivendo quod dicit.* (Pastor.). En

(1) Providamus hona non solum coram Deo, sed etiam coram hominibus. II. Cor. VIII. 21.

todo esto no busca su gloria, sino la de Dios y la salvación del prójimo; y porque trata tan sólo de alcanzar este doble fin, la gloria le sigue y le protege. Esto es lo que S. Jerónimo dice de Sta. Paula: *Hula de la gloria, y la gloria la perseguia...*

El camino del justo, dicen los Proverbios, es como el sol de oriente, que se adelanta y crece hasta el mediodía: *Iustorum semita, quasi lux splendens; procedit et crescit usque ad perfectam diem.* (IV. 18).

El cristiano persuade ántes de hablar, dice S. Crisóstomo; se parece al sol que, desde que aparece, disipa las tinieblas. (1).

Los Santos son los ángeles de la tierra, divinidades provistas de cuerpo.... El ojo de Dios les contempla amorosamente; les eleva á medida que ellos se humillan: se les admira y hacen honrar á Dios, dice el Eclesiástico. (2).

Santo Tomás de Aquino, dice el papa Clemente VI, fué el modelo de todas las virtudes, y cada uno de sus miembros era objeto de una enseñanza. La sencillez brillaba en sus ojos, la bondad en su rostro, la humildad en su manera de escuchar, la sobriedad en sus gustos, la verdad en su boca; derramaba al rededor suyo una especie de perfume; sus acciones eran irreprochables, sus manos liberales, su marcha grave, sus modales honestos, su corazón piadoso, su espíritu brillante y perspicaz. Tenia una bondad afectuosa, un alma santa y llena de caridad. Fué, en una palabra, el retrato y el honor del cristiano ejemplar, y la imagen viva de la virtud.

San Bernardo dice del apóstol S. Andrés: Sobre la cruz, predicaba á Jesucristo crucificado: *Crucifixus, Crucifixum predicabat.*

Hablando de los primeros cristianos, Tertuliano dice que sólo con su presencia confundían á todos los vicios: *Ecce occursum meo vita suffundit.* (Apolog.).

El Centurion creyó, dice el Evangelio, y tras él toda su casa: *Credidit ipse, et domus ejus tota.* (Joan. IV. 53).

Mi alma servirá á Dios, dice el Real Profeta, y mis descendientes me imitarán: *Et anima mea illi vivet; et semen meum serviet ipsi.* (XXI. 31).

Un pastor, un rey, un magistrado, un padre de familia, un amo, etc., que dan buen ejemplo, procuran la gloria de Dios...; el triunfo de la Religión...; la salvación de las almas, etc.... Mirad á Constantino...; á Carlo Magno...; á S. Luis.... Mirad la familia de aquel padre, de aquella madre ejemplares: ... ¿Cuáles no son, al contrario, las consecuencias del mal ejemplo?

(1) Preinsquam loquitur, persuadet; quemadmodum ut solis jubar, ut primum apparet, fugat tenebras. *Homil. ad pop.*

(2) Oculos Dei respexit illum in bono, et erexit eum ab humilitate ipsius, et exaltavit caput ejus; et mirati sunt in illo multi, et honoraverunt Deum. *XI. 13.*

Por qué los hombres de escándalo critican á las personas edificantes?

No os sorprenda, hermanos míos, que el mundo os aborrezca dice el apóstol S. Juan: *Nolite mirari, fratres, si odit vos mundus.* (I. III. 13).

Hay cinco motivos que inclinan á los malos á criticar y á condenar á las personas piadosas y ejemplares. El primero es la diferencia de costumbres; porque si la semejanza es causa de amor, la diferencia es causa de odio. El segundo es la envidia.... El tercero es el despecho que experimentan los mundanos viendo que los cristianos se separan de ellos y huyen de su sociedad. El cuarto es que no pueden sufrir las reprensiones de las personas virtuosas, porque sólo con su vida, condenan altamente la mala conducta. El quinto es la oposición que existe entre los hijos del siglo y los santos; los primeros están llenos de amor propio; los segundos no obran sino á impulsos del amor divino. Pero por este medio se atraen alabanzas y adquieren dignidades y una gloria que los mundanos los envidian (1).

En qué consiste el buen ejemplo.

1.º Revestirse de Jesucristo, dice S. Pablo á los Romanos: *Induimini Dominum Jesum Christum.* (XIII. 14). Hé aquí en qué se encuentra la perfección del buen ejemplo.

Revestirse de Jesucristo, dice S. Crisóstomo, es representar á Jesucristo en todas vuestras acciones, por la santidad y la mansedumbre. (*Homil. ad pop.*). Sea pues el cristiano el retrato perfecto y la viva imagen de Jesucristo; es para él una obligación sagrada que ha contraído solemnemente en las fuentes bautismales; se ha comprometido á representar á Jesucristo con su vida, sus acciones, su exterior y su manera de ser. Es cierto que tantos cristianos como hay debieran ser otros tantos Cristos por la imitación y el ejemplo.

La conversacion y la vida del cristiano, dice S. Jerónimo, debe ser tal, que sus movimientos, sus pasos y todos sus actos no respiren más que la gracia del cielo. (2).

2.º Haced todas las cosas sin murmurar ni titubear, dice el gran Apóstol á los Filipenses, á fin de que os halleis sin tacha y sin disfraz, como hijos de Dios, é irreprehensibles en medio de una nación perversa y corrompida, en la que brilláis como los astros del mundo, conservando en vosotros la palabra de vida. (3).

El Apóstol, dice S. Ambrosio, advierte á los cristianos y les manda que se acuerden de su profesion y correspondan á ella, á fin de

(1) Se conocia que Cornelio á Lápide escribía sus comentarios en un siglo todavía religioso. Lo que era verdad en su tiempo, lo es mucho ménos en nuestros días, y la piedad no es ya el camino más corto para llegar á las dignidades y á la nobleza.

(2) En debet esse conservatio et vita (christiani) ut omnes motus et gressus, atque universa ejus opera caelestem redolant gratiam. *Comment. in Epist. ad Philipp.*

(3) Omnia facite, sine murmurationibus et hesitationibus; ut sitis sine tache, et simplices filii Dei, sine reprehensione in medio nationis prave et perverse: Inter quos locuti sicut luminaria in mundo; verbum vite continentes. *II. 14-16.*

que en medio de los incrédulos sirven de modelo con su vida, su lenguaje y sus costumbres, y brillen como el sol y la luna entre las estrellas. (*In Epist. ad Philipp.*).

El Apóstol, dice S. Crisóstomo, exhorta á los cristianos para que iluminen y brillen como astros en la noche del siglo: *Monet ut in nocte hujus saeculi quasi stella resplandeant et refulgeant.* (*In Epist. ad Philipp.*).

San Pablo, dice S. Anselmo, quiere que los cristianos sean astros que fijos en el cielo, no se inquieten por las cosas de la tierra, sino que vivan ocupados en seguir y cumplir su curso y derramar su luz sobre el mundo (1). Deben parecerse á aquella mujer de que habla el Apocalipsis y que representa á la Santa Virgen y á la Iglesia: está vestida del sol; tiene la luna á sus piés, y al rededor de la cabeza una corona de doce estrellas: *Mulier amicta sole et luna, sub pedibus ejus et in capite ejus corona stellarum duodecim.* (XII. 1).

Debemos ser faros que iluminen y conduzcan al puerto á los navegantes extraviados en la noche y en el mar tempestuoso del mundo; debemos ayudarles á evitar el naufragio y á alcanzar la ciudad santa.

Es preciso tener una voz pausada, un andar exento de fausto y de ruido, hablar poco, entretenerse con buenos pensamientos, armarse de modestia, tener los ojos bajos y el alma elevada al cielo. Este es el cristiano ejemplar. Es menester imitar á los Tesalonicenses, que S. Pablo alaba en estos términos: *Habéis servido de ejemplo á todos los que, en la Macedonia y en Achaya, han abrazado la fe.* Porque no sólo habéis dado lugar al brillante progreso de la palabra del Señor por la Macedonia y por la Achaya, sino que vuestra fe en Dios se ha hecho tan célebre por todas partes, que no es necesario que hablemos de ella, puesto que en todas partes se dice cuál ha sido el éxito de nuestra entrada entre vosotros, y cómo os habéis convertido á Dios, dejando á los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y para aguardar del cielo á su hijo Jesús, que ha resucitado y que nos ha librado de la cólera futura. (I. I. 7-8-9-10).

Vuestra fe es célebre en todo el mundo, dice el gran Apóstol á los Romanos: *Fides vestra annuntiat in universo mundo.* (I. 8).

Escuchad lo que escribe á su discípulo Timoteo: Sed el ejemplo de los fieles en vuestros discursos, en vuestra conducta para con el prójimo, y por vuestra caridad, vuestra fe y vuestra castidad: *Exemplum esto fidelium, in verbo, in conversatione, in caritate, in fide, in castitate.* (I. IV. 12).

El mismo Sócrates mandaba á sus discípulos que adquiriesen y practicasen estas tres virtudes: 1.ª la prudencia; 2.ª el silencio; 3.ª la modestia. (*Anton. in Meliss.*).

(1) Vult ut Christiani sint quasi stellae quae, in caelo fixe, non currunt terrena; sed toto intendunt ad suos cursus et motus peragant, lucemque spargant mundo. *In Epist. ad Philipp.*

Presentaos como un modelo de buenas obras en todas las cosas por la enseñanza, por la pureza de las costumbres, por la gravedad, escribe el Apóstol á Tito; sea sana é irreprochable la doctrina que prediquéis, á fin de que quien sea nuestro adversario quede confundido y no tenga nada que decir de nosotros. (1).

Mirémonos unos á otros para animarnos á la caridad y á las buenas obras, escribe á los Hebreos: *Consideremus invicem, in provocationem caritatis et bonorum operum.* (X. 24).

Cuando se trató de escoger diáconos, los apóstoles dijeron á los discípulos: Elegid, hermanos, á siete de entre vosotros de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría: *Considerate « fratres » viros ex vobis boni testimonii septem, plenos Spiritu Sancto, et sapientia.* (Act. VI. 3).

El buen ejemplo quiere que vivamos, en cierto modo, como S. Bernardo, del cual un historiador nos ha dejado el siguiente retrato: S. Bernardo tenía un rostro sereno, un exterior modesto, una prudencia en el hablar extrema; era timorato en sus empresas, asiduo en la oración, piadoso en la meditación, grande en la fe, firme en la esperanza, ardiente en la caridad; se distinguía por una humildad profunda y una tierna piedad. Prudente en los consejos, hábil en los negocios, sufriendo alegremente los oprobios, siempre pronto en hacer favores con una gran dulzura de costumbres, santo por sus méritos, estaba lleno de sabiduría, de virtudes y de gracias á los ojos de Dios y de los hombres.

Es preciso, dice S. Agustín, que los servidores y adoradores de Dios sean dulces, graves, prudentes, piadosos, irreprochables, sin mancha, á fin de que todos los que los vean se admiren y maravillen, diciendo: Estos hombres son dioses. (2).

Debemos distinguirnos, no por los adornos del cuerpo, sino por los del alma, que son la modestia y la inocencia.....

Con motivo de aquellas palabras de Jesucristo: *Tened lámparas encendidas en vuestras manos: Lucerna ardentis in manibus vestris.* (Luc. XII. 35); S. Gregorio dice: Tenemos en nuestras manos lámparas encendidas, cuando con nuestras buenas acciones somos ejemplos luminosos para nuestro prójimo. (3).

Debemos, dice S. Crisóstomo, llevar una vida irreprochable, á fin de que los hombres que nos examinen hallen en nosotros un espejo

(1) In omnibus tuisum praebe exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanum, irreprehensibile. Ut is, qui ex adverso est, vereatur, nihil habens malum dicere de nobis. II 7-8.

(2) Tales convenit esse Dei cultores et servos, mansuetos, graves, prudentes, piis, irreprehensibles, immaculatos; ut quisquis viderit eos, stupeat et dicat: Hi omnes sunt dii. De vita christi.

(3) Lucernas quippe ardentis in manibus tenemus, cum per bona opera proximis nostris lucis exempla monstramus. Pastor.

de santidad. No habria necesidad de palabras, si la santidad brillase en nuestra vida. (4).

No tengamos en nuestros labios, dice S. Martin, sino palabras de paz, de pureza, de caridad, de piedad; hállese en ellos raras veces el mundo, y si con mucha frecuencia Jesucristo. (2).

Podemos aplicar á los laicos aquellas palabras del santo concilio de Trento: Conviene que los clérigos llamados al servicio de Dios arreglen su vida y sus costumbres de tal manera que no haya nada que no sea grave, moderado y religioso en su exterior, en su gesto, en su andar y en todas las cosas á fin de que las acciones á todos inspiren respeto: *Sic decet clericos in sortem Dei vocatos, vitam moresque suos componere, ut habitu, gestu, incessu, aliisque omnibus rebus nihil nisi grave, moderatum ac religione plenum prae se ferant; ut eorum actiones cunctis afferant venerationem.* (Sess. XXII. de Reform. c. 1).

Los que sean inteligentes, dice la Escritura, brillarán como el esplendor del cielo; y los que enseñen la justicia á los hombres, serán como estrellas durante toda la eternidad. Juzgarán á las naciones. (Dan. XII. 3).

Recompensa de los buenos ejemplos.

Mas la señal más cierta de la verdadera inteligencia y el mejor medio de instruir, es llevar una vida ejemplar.....

Con el buen ejemplo obtenemos aquí en la tierra la paz, la gracia y una buena muerte; y en el otro mundo una felicidad eterna.

(1) Debet habere vitam immaculatam, ut omnes in illum et in ejus vitam, veluti in speculum excellens intueantur. Non opus esset verbis, si vita nostra sanctitatis luce fulgeret. Homil. ad pap.

(2) Numquam in ore nisi pax, nisi castitas, nisi caritas nisi pietas: rarior in ore mundus, frequentior Christus. Ribaden, in ejus vita.

BUENA Y MALA CONCIENCIA.

¿Qué es una buena conciencia?

UNA buena conciencia, dice Hugo de San Victor, es la que es dulce para todo el mundo, que no hiere á nadie, que usa castamente de la amistad, que es paciente para los enemigos, bienhechora para todos, que hace el bien en tanto que le es posible. Una buena conciencia es aquella á la que Dios no imputa pecados, porque los evita; ni los pecados de los demás, porque no los aprueba; ni de la negligencia, porque ha hablado y obrado cuando era menester; ni del orgullo, porque ha permanecido en la humildad y en la unidad. (Lib. III. de Anim. c. IX).

La buena conciencia es la que es recta, que obedece á las leyes de Dios y á las de la Iglesia, y que se vale de las luces de la razon para ilustrarse.

La buena conciencia es la que vela para no caer, y al momento se levanta de sus caídas.....

La buena conciencia es el hombre entero; porque el hombre no es nada, ó más bien es un azote, un monstruo, cuando no tiene una buena conciencia.....

La buena conciencia es la imágen de Dios sobre la tierra.

No tener nada que echarse en cara, no tener que avergonzarse de ninguna falta, es ser más fuerte que un muro de bronce, dice Horacio:

.....*Hic murus aheneus esto.*
Nil conscire sibi, nulla pallescere culpa. (Lib. I. epist. 1).

Todo padecimiento es ligero, ó mejor, no es nada, cuando se tiene una conciencia recta y pura, dice el mártir S. Tiburcio. (*In ejus vita*).

La buena conciencia nada recela, nada teme; puede decir con el poeta:

Je crains Dieu, cher Abner, et n' ai point d' autre crainte. (1).

Por más que el cuerpo la fatigue con sus exigencias y con el aguijón de la concupiscencia; por más que el mundo la solicite y la amenace; por más que el demonio la tienta y procure asustarla, la buena conciencia está tranquila, firme é inquebrantable.

(1) Querido Abner, sólo temo á Dios, á nadie más.

En la hora de la muerte la buena conciencia está llena de esperanza; se manifiesta, se presenta sin turbacion al juicio de Dios. El mundo da vueltas y más vueltas, llora y rie, pasa y desaparece, sin que la buena conciencia se conmueva ni se manche. Se puede dar tormento al cuerpo, se le puede desgarrar á golpes, destrozarlo, clavarle en una cruz, quemarlo, pero la buena conciencia resiste á todas estas pruebas.

¿Qué cosa hay más preciosa, escribe S. Bernardo al papa Eugenio, más tranquila, y que dé más seguridad que una buena conciencia? Ella no teme la pérdida de los bienes; no retrocede ante las afrentas ni las torturas: la muerte, léjos de asustarla, la hace más orgullosa: *Quid ditius, quid in terra quietius et securius bona conscientia? Damna rerum non metuit, non verborum contumelias, non corporis cruciatus quæ et ipsa morte magis erigitur quam deprimitur.* (Lib. I. de Consid.).

Excelencia y premio de la buena conciencia.

La buena conciencia, dice Hugo de San Victor, es un campo de bendicion, un jardin de delicias, un tabernáculo de oro, la alegría de los ángeles, el arca de la alianza, un tesoro real, el trono de Dios, la moral del Espíritu Santo, el libro sellado y cerrado que quedará abierto en el dia del juicio. (Lib. III. de Anim. c. XI).

¿Cuál es el bien supremo? Una conciencia que nada tenga que echarse en cara, dice Antonio: *Quænam summa boni? Meus que sibi conscia recti.* (Laert.).

No es ni la extension del poder, dice S. Crisóstomo, ni la abundancia de las riquezas, ni la grandeza de la potestad, ni la fuerza del cuerpo, ni ninguna otra cosa, lo que da la tranquilidad del ánimo y la alegría, sino la buena conciencia..... En efecto: aunque poseyese todos los demás bienes, el que tiene la conciencia de haber obrado mal, es el más desgraciado, el más miserable de todos los hombres. (1).

La buena conciencia es como un festin continuo, dicen los Proverbios: *Secura mens quasi jube convivium.* (XV. 15).

La notoriedad de las buenas obras que se han hecho, dice S. Agustín, inspira esperanza á una buena conciencia; porque ésta se ve naturalmente inclinada á esperar, y está llena de confianza, así como una mala conciencia está llena de desesperacion. (2).

Felicidad que procura una buena conciencia.

¿Qué manjar es más agradable, dice S. Ambrosio, que la mani-

(1) Animi tranquillitatem, et lætitiæ, non principatus magnitudo, non pecuniarum copia, non potentie tumor, non corporis fortitudo, nec quid aliud, sed sola pars conscientia bonæ. Sicut et qui sibi male conscius est, ut omnium bonæ possidet, omnium est miserimus. *Homil. I. in Epist. ad Rom.*

(2) Ipsa claritas bonæ operantis dat spem bonæ conscientie; spem animi gerit bona conscientia: quomodo mala conscientia tota in desperatione est, sic bona conscientia tota in spe. *Homil. in Joann.*

festacion de una buena conciencia y la felicidad reservada al alma inocente? (1).

Tener conciencia de que se ha querido el bien, es el mayor consuelo que pueda experimentarse en medio de los tormentos de la vida, dice Ciceron. (2).

La buena conciencia nos desembaraça de todas las inquietudes de la vida, dice Plutarco. (Moral.).

Preguntaron á Bias cuál era la cosa que nada temia. Es la buena conciencia, respondió. (Ita. Maxim., XXIV).

Preguntaron á Periandro cuál era la cosa más grande y más perfecta encerrada en la más pequeña y más vil. Es la buena conciencia en el cuerpo de un hombre, respondió.

¿Quiénes son los que viven felices? preguntaban á Sócrates. Son, respondió él, los que conservan su conciencia exenta de toda mancha. (Anton. in Meliss.).

La manifestacion de una buena vida y el recuerdo del bien que no ha dejado de hacerse, constituyen la felicidad del hombre, dice Ciceron. (In Cat. Maj.).

No hay tormento comparable al que sufre una conciencia criminal; teme á Dios; ¿en dónde ha de hallar consuelos? ¿en dónde buscará reposo? La buena conciencia por el contrario hace nacer la tranquilidad, la paz, el regocijo y la alegría.....

Cuando el alma, dice S. Crisóstomo, no está atormentada por ningún remordimiento, goza de una dicha tan grande, que la palabra es impotente para expresarlo. Comparado con la felicidad que da una buena conciencia, todo lo más agradable y consolador que existe en la tierra, no es más que amargura y tristezas. (Homil. ad pop.).

La buena conciencia es un festin diario; los convidados son las virtudes que mantiene.....

¿Qué puede temer el justo? sabe que su pureza de conciencia le atrae la proteccion y el amor de Dios. Su alma está tranquila, en calma, serena, llena de confianza, de satisfacción y de valor, porque se apoya en Dios.

Nadie puede entristecer á aquel cuya alegría es Jesucristo, dice S. Agustin. (Sentent. XC).

Cada día que ve brillar una buena conciencia, es un día de fiesta..... La paz del alma hace feliz la vida, dice S. Ambrosio. (Lib. II. offic., c. 1).

No puede despojarse á nadie de la manifestacion de su conciencia; por todas partes se lleva la alegría de haber obrado bien, así como la inquietud y las alarmas de una mala conciencia.

Nadie, dice Salviano, es desgraciado porque los otros le juzguen tal; sólo somos desgraciados por nosotros mismos. Hé ahí por qué el

(1) Quis cibis suavior quam is quem animus bene sibi conscit, et mens innocens epulatur? In Ps. XLV.

(2) Conscientia recte voluntatis, maxima est consolatio rerum incommodarum. Ad Torquat.

que tiene la felicidad de poseer una buena conciencia, es feliz, aun cuando todos los hombres le juzgasen de otro modo. (De provid. Dei).

Nada hace tan feliz como la tranquilidad de la conciencia, dice S. Agustin: *Tranquillitate conscientia nihil excogitari potest beatius.* (Lib. XXI. de Civit.).

Toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia, dice S. Pablo: *Gloria nostra hæc est, testimonium conscientia nostra.* (II. Cor. I. 12).

Conservad la buena conciencia, dice S. Pablo á Timoteo; la cual por haber desechado de sí, algunos vinieron á naufragar en la fe: *Habens bonam conscientiam, quam quidam repellentes, circa fidem naufragaverunt.* (I. I. 19).

La mala conciencia es el manantial de todas las herejías, de la corrupcion del espíritu y del corazon, y de todos los crímenes.....

Tienen la conciencia canterizada de crímenes, añade S. Pablo: *Cauteriatam habentium suam conscientiam.* (I. Tim. IV. 2). La conciencia canterizada, que es una conciencia profundamente corrompida y endurecida, ha perdido el sentimiento del bien y del mal. En otro tiempo reinaba la conciencia; la ciencia tomó su puesto, luego ambas han desaparecido, y nos hemos vuelto seres estúpidos y perversos.....

Cualquiera que sea, el error es peligroso; pero el que influye sobre la conciencia, regla de las costumbres morales, es el más pernicioso de todos. Tened cuidado, dice Jesucristo, que la luz que se halla en vosotros no se convierta en tinieblas: *Vide ne lumen quod in te est, tenebra sint.* (Luc. XI. 35).

El ojo de nuestra alma es la conciencia; mas cuando la vista padece y sufre, todos los actos de la vida se resienten de su enfermedad; de la misma manera cuando está enferma la conciencia, todo es desórden en el alma, porque: 1.º no hay excesos á los que no nos entreguemos...; 2.º se comete el mal atrevidamente y sin remordimientos...; 3.º este estado no tiene remedio.....

Si siguiésemos la ley de Dios, si hiciésemos de ella nuestra regla de conducta, la conciencia sería recta é ilustrada, porque la ley de Dios no permite que se haga el mal: *Lex Domini immaculata.* (Psal. XVIII. 8). Pero la interpretamos segun nuestros designios...; la traducimos segun el capricho de nuestras pasiones.....

Nos hacemos una conciencia á nuestro capricho..... Eludimos la ley de Dios, ó más bien la pisoteamos, la despreciamos.....

Nos hacemos una conciencia complaciente: todo lo que queremos, es bueno, dice S. Agustin: todo lo que gusta, es santo: *Quodcumque volumus, bonum est; et quodcumque placet, sanctum est.* (Serm.).

Desgracias que atrae una mala conciencia, y desordenes que produce.

Causas de la mala conciencia.

Para adquirir una buena conciencia, es menester... 1.º consultar la ley de Dios y seguirla...; 2.º detestar el pecado, según el consejo del mismo Séneca. Aun cuando supiese, dice aquel filósofo pagano, que los hombres han de ignorar y Dios ha de perdonar el mal que pudiera cometer, no quisiera pecar, á causa de la torpeza del pecado considerado en sí mismo: *Et ainsi scirem homines ignoraturus, et Deum ignosciturum, tamen peccare nollem, ob peccati turpitudinem.* (Anton. in Meliss.).

3.º San Agustín señala en los siguientes términos un tercer medio para alcanzar el fin de que tratamos: Se adquiere, dice, una buena conciencia con una vida buena: *Per bonam vitam bona conscientia comparatur.* (De Morib.).

Una vida cristiana, pura y santa, prueba una buena conciencia: una vida desarreglada, criminal y escandalosa, engendra una conciencia mala. Mas cuando ya está corrompida la conciencia, las costumbres acaban de depravarse y la conciencia se endurece. Entonces todo está perdido para el tiempo y para la eternidad.

4.º El cuarto medio para adquirir una buena conciencia, está indicado en los siguientes versos de Pitágoras: No hagais nada vergonzoso delante de vuestros amigos, ni en presencia de testigos, ni cuando os halleis enteramente solos; respetaos sobre todo á vosotros mismos:

Nec quidquam coram sociis, aut testibus, aut te

Solo, turpe geras; summus pudor ipse tibi sis. (Anton. in Melis.).

5.º Quinto y excelente medio: considerar los tormentos y los castigos que lleva consigo una mala conciencia.

La mala conciencia es una espada que atraviesa el corazón... es un abismo en el que ruga la tempestad....

El pecador está siempre lleno de turbación, de temor y de remordimientos; pasa su vida en la amargura y en los trabajos, hasta cuando parece que nada en la alegría, en la abundancia y en las delicias....

La vida del hombre sin conciencia es un sueño; cuando abre los ojos, su reposo ha pasado, su placer se ha desvanecido. Vosotros no veis sino los festines á que asiste, las alegrías que saborea. Examinad más bien su conciencia y los tormentos que en ella se originan.

La conciencia es un testigo..., un juez..., un verdugo....

El gusano roedor de la conciencia no muere, dice Jesucristo: *Vermis eorum non moritur.* (Marc. IX. 47).

No, dice S. Agustín, no hay adicción comparable á la que causa una mala conciencia. Todo el que peca, está mal consigo mismo; está atormentado y perseguido por sus remordimientos; llega á ser el castigo y el verdugo de sí mismo. Huimos de un enemigo, pero ¿cómo hemos de huir de nosotros mismos? No hay padecimientos iguales á los que impone una mala conciencia; porque estando el pecador mal con Dios, en ninguna parte halla consuelo. (*Sentent.*)

BURLAS DE LOS MALOS.

DURANTE los cien años que Noé empleó en construir el arca, no dejaba de advertir á los hombres que hiciesen penitencia, que habria un diluvio universal; y los hombres corrompidos se chancaban y se burlaban de él....

Lot avisó á los Sodomitas que habria un diluvio de fuego, y le pusieron en ridiculo....

Los Profetas hablan en nombre del Señor, mandan en nombre del Señor; y los impíos lo toman como un motivo de chanza...

Habiendo llegado Jesús á la casa del jefe de la Sinagoga, y viendo á los tanedores de flauta y á la multitud que se agitaban tumultuosamente, les dijo: Retiraos, porque la joven no ha muerto, sino que duerme. Y se reían de él: *Et deridebant eum.* (Matth. IX. 23-24).

Nosotros somos, dice el Real Profeta, el oprobio de nuestros vecinos, la fábula y el juguete de los pueblos que nos rodean: *Facti sumus opprobrium vicinis nostris, subsannatio et ilusio his qui in circuitu nostro sunt.* (LXXVIII. 4).

Nos habeis expuesto á las chanzas de todos nuestros vecinos, y nuestros enemigos nos han insultado: *Posuisti nos in contradictionem vicinis nostris, et inimici nostri subsannaverunt nos.* (Psal. LXXIX. 12).

He venido á ser su juguete, se han burlado de mí, dice Jesucristo por medio de su Profeta: *Factus sum illis in parabolam.* (Psal. LXXVIII. 12).

Veid como los malos tratan á los Apóstoles: Somos despreciados, dice el gran Apóstol: hasta ahora sufrimos el hambre y la sed, nos abofetean, y nos hallamos desnudos, errantes, maldecidos, perseguidos ó injuriados; se nos ha tenido como basura del mundo y cosas despreciadas por todos. (1).

Desde Jesucristo escarnecido en el Gólgota hasta hoy, los malvados siempre se han burlado de los buenos....

El santo varón Job, cubierto de llagas, lleno de sufrimientos sobre su maladar, es la bafa de los malos y hasta de sus pretendidos amigos... Tobías se vuelve ciego; y sus parientes, y hasta sus aliados se burlan de su conducta, diciéndole: ¿En dónde está vuestra esperanza, por la que haciais tantas limosnas y os dedicabais á enterrar los muertos? *Ubi est spes tua, pro qua elemosynas, et*

En todo tiempo los malos se han burlado de los buenos.

No hay nada sagrado para los malos.

(1) Nos ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudus sumus, et colaphis caelsumur, et instabiles sumus; malehominum persecucionem patimur; blasphemamur; tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium perissemata usque adhuc. I. Cor. IV. 10-13.

sepulturas faciebas? (II. 16). Su mujer también le decía: Vanas, á la verdad, han sido todas vuestras esperanzas; y hé aquí qué resultado tienen ahora vuestras limosnas: *Manifeste vana facta est spes tua; et elemosynæ tuæ modo apparuerunt.* (II. 22).

¿No se han los malos burlado de Jesucristo durante toda su vida? Se burlan de El en sus milagros, en sus beneficios, en su divina doctrina, en su sublime moral. Pero sobre todo en el tiempo de su pasión es cuando los ultrajes se multiplican al rededor suyo y le agobian. Judas le ultraja, vendiéndole por treinta dineros, precio de un esclavo, y abrazándole. Sus Apóstoles le ultrajan abandonándole. El mismo Pedro le ultraja jurando que no le conoce. Y los bofetones y los insultos, y la corona de espinas y el cetro de caña, y el manto de púrpura y el *ecce homo*, y los pontífices y los jueces, y el Presidente y el rey Herodes, y los soldados y el populacho, todos á porfía le ponen en ridiculo hasta que da su último suspiro.....

Los impíos se burlan de la palabra de Dios, de la religión, de la piedad, de la Iglesia, de los sacramentos, de la ley de Dios, de los domingos y de las fiestas, de las ceremonias sagradas, del culto, de las cosas santas, de Dios, de los Santos, del dogma, de la moral, de la vida, de la muerte, del juicio, del paraíso, del infierno, del tiempo y de la eternidad. Atacan, denigran, calumnian y blasfeman de lo que ignoran, etc.....

¡Por que se burlan los malos de los buenos!

Hablan en su arrogancia, dice el Salmista, y de todo se burlan, porque son los obreros de la iniquidad: *Effabuntur et loquentur iniquitatem; loquentur omnes qui operantur injustitiam.* (XCIII. 4).

Si fueris del mundo, decía Jesucristo á sus Apóstoles, de quienes se burlaban, el mundo amaría lo que es suyo; pero porque no sois del mundo, y os he elegido de en medio del mundo, por este motivo el mundo os aborrece y se mofa de vosotros. El criado no es nunca más grande que su dueño. Si me han perseguido, también os perseguirán; pero todo cuanto os hagan sufrir, será á causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. (Joann. XV. 19-21).

Se hace mofa de la sencillez del justo, dice Job: *Deridetur justi simplicitas.* (XII. 4).

La perversidad de los hombres impíos es tan grande, que no paran hasta que han conseguido que los demás sean tan malos y perversos como ellos: por esto se burlan de los buenos, llamándoles devotos falsos, beatones, hipócritas, etc.....

La causa de este lenguaje y de esta conducta es la diferencia de costumbres morales y de vida: ellos ven que su vida y sus vicios son ajados y condenados por las virtudes de los buenos, por su vida cuerda y ejemplar; por esto se rien y burlan de ellos, los persiguen y los miran como censores de sus desórdenes, azotes de su cuerpo.....

San Próspero explica esta conducta de los malos hácia los buenos: Todos los que quieren vivir con piedad en Jesucristo, dice, deben disponerse á sufrir oprobios y burlas de parte de los impíos, á ser despreciados como insensatos que pierden los bienes presentes, y no aspiran ni se aficianan más que á los futuros. Dios lo permite para aumentar el brillo de la corona de los buenos. Este desprecio, esta burla redundará en perjuicio de los malos, cuando su abundancia se convierta en escasez, y su ciego orgullo en confusión. (*In Sentent. et Epigram.*, c. XXXII).

En la boca del insensato, del malo, se halla la vara de la arrogancia, dicen los Proverbios: *In ore stulti virga superbia.* (XIV. 3). El orgullo engendra el desden y la insolencia. Los orgullosos se elevan sobre los demás, los desprecian, los insultan, los ultrajan..... El malo cargado de crímenes se conduce como si tuviese imperio sobre los buenos; pretende que le está permitido burlarse de los demás, despreciarlos á todos.....

Los impíos abominan á los buenos, dicen los Proverbios: *Abominantur impii eos qui in recta sunt via.* (XXIX. 27).

Las burlas insolentes é injustas de los malos sólo sirven para humillarlos á ellos mismos y condenarlos; porque prueban su ignorancia, su odio, su maldad, su corazón perverso.....

Una burla, una maldición rechazada con paciencia, retrocede á su autor, dice S. Agustín, y queda libre aquel contra quien se lanzaba: *Maledictum patientia repercussum, in suum redit auctorem, illuso eo qui petebatur.* (Serm. XV. de Resurrect.).

El que afrenta á los otros, trae marcada sobre sí la nota de necio, dice S. Ambrosio: *Stultitiae condemnatur, qui contumeliam facit.* (Serm. III).

Es la ruina del hombre devorar los Santos, dicen los Proverbios: *Ruina est homini devorare Sanctos.* (XX. 25). Ya están aparejados los terribles juicios de Dios para castigar á los mofadores, y los mazos para machacar los cuerpos de los insensatos, añaden los Proverbios: *Parata sunt dorisibus judicia; et mallei percutientes stultorum corporibus.* El Señor (Jehovah) es el Dios de las venganzas, dice el Real Profeta; y el Dios de las venganzas ha obrado con independiente libertad. Haz pues brillar tu grandeza, oh Juez supremo de la tierra; da su merecido á los soberbios. ¿Hasta cuando, Señor, los pecadores, hasta cuándo han de estar vanagloriándose? ¿Charlarán, hablarán inicuamente, se jactarán siempre todos los que obran la iniquidad? ¡Ah! Señor, ellos han abatido á tu pueblo, han devastado tu heredad: han asesinado á la viuda y al extranjero, y han quitado la vida al huérfano. Y dijeron: No lo verá el Señor; no sabrá nada el Dios de Jacob. Reflexionad, oh hombres los más insensatos del pueblo, entrad en conocimiento; tened finalmente cordura, vosotros mentecatos. Aquel que ha dado los oídos, ¿no oirá? El que ha dado los ojos, ¿no verá? ¿No os ha de llamar

Las burlas de los malos recaen sobre ellos mismos.

á juicio el que castiga á todas las naciones? ¿Aquel que da la ciencia al hombre? Conoce el Señor los pensamientos de los hombres, y cuán vanas son sus ideas. (*Salm. XCIII. 11 etc.*).

Los buenos de-
ben gloriarse
de las burlas
de los malos.

Aquellos á quienes la gloria está reservada, dice S. Ambrosio, deben estar dispuestos á sufrir las injurias, las burlas, los insultos y los desprecios que les esperan: *Quos manet gloria, expectat injuria.* (Lib. II. *Offic.*, c. IV).

Es la honra más grande, la gloria mayor y la más bella recompensa, que seamos burlados y escarnecidos como Noé, como los patriarcas y los profetas, como Jesucristo y sus apóstoles, como los mártires, los confesores, las vírgenes, los santos de todos los siglos, y en una palabra, como la Iglesia.....

Es una honra, una gloria, ser burlado, criticado, despreciado por los malvados, los hombres corrompidos, los perversos, los escandalosos y los impíos; esto prueba que no se les imita; y no imitarles, es una dicha, una gloria incomparables. ¡Desgraciado de aquel á quien alaba una boca manchada!.....

Va vendrá el
tiempo del
triunfo de los
justos.

Los perversos se burlan de los justos, porque no ven su hermosura interior; pero la verán el día del juicio: entónces conocerán á los justos, pero demasiado tarde. Los justos no serán ya oscuros, yiles y despreciables á su vista, sino resplandecientes de gloria y de majestad, porque serán semejantes á Dios. Hoy los malos ven y desprecian á los buenos; pero entónces el Señor se reirá de los malos, dice la Sabiduría: *Videbunt et contemnent, cum illos autem Dominus irridebit.* (IV. 18).

Entónces los justos se presentarán con gran valor contra aquellos que los angustiaron y robaron el fruto de sus fatigas; á cuyo aspecto se apoderarán de éstos la turbacion y un temor horrendo; y asombrarse han de la repentina salvacion de los justos, que ellos no esperaban ni creían; y arrepentidos, y arrojando gemidos de su angustiado corazón, dirán dentro de sí: Estos son los que en otro tiempo fueron el blanco de nuestros escarnios, y á quienes proponíamos como un ejemplar de oprobio. ¡Insensatos de nosotros! Su tenor de vida nos parecía una necedad, y su muerte una ignominia. Mirad como son contados en el número de los hijos de Dios, y como su suerte es estar con los Santos. Luego descarriados hemos ido del camino de la verdad: no nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni para nosotros ha nacido el Sol de la inteligencia. Nos hemos fatigado en seguir la carrera de la iniquidad y de la perdicion: andado hemos por senderos frágiles, sin conocer el camino del Señor. ¿De qué nos ha servido la soberbia? Oh, ¿qué provecho nos ha traído la vana ostentacion de nuestras riquezas? Pasaron como sombra todas aquellas cosas, y como mensajero que va en posta, ó cual nave que surca las olas del mar, de cuyo tránsito no hay que buscar vestigio ni la vereda de su qui-

lla en las olas..... Así tambien nosotros apenas nacidos dejamos de ser; y ciertamente ninguna señal de virtud pudimos mostrar, y nos consumimos en nuestra maldad. Así discurren en el infierno los pecadores. (*Sap. V.*).

En esto los malos se declaran culpables á sí mismos, y se acusan de tres errores ó locuras: 1.º porque se han alejado de la vía de la verdad...; 2.º porque no han visto la luz de la justicia, esto es, la luz de la razon, de la sabiduría, de la prudencia y de la caridad, pues la han despreciado, queriendo permanecer en las tinieblas de la concupiscencia y de las pasiones...; 3.º porque no han visto el sol, esto es, no han visto á Jesucristo, que es la verdadera luz que ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo; pues no le han abierto su corazón.....

Mofadores insensatos, creáis que la vida de los justos no era más que un juego, dice la Sabiduría: *Estimaverunt ludum esse vitam nostram.* (XV. 12). Ved ahora en dónde están ellos, y en dónde os halláis vosotros!.....

CAIDA Y RECAIDA.

Desgracia de la caída en el pecado.

PODEMOS equivocarnos fácilmente, atendida la debilidad humana, pero es una cosa diabólica perseverar en el error: *Humanum est errare, diabolicum perseverare.* (Epist.).

Ordinariamente una vida fervorosa despues de una caída es más agradable á Dios que la inocencia con la tibieza y la seguridad, dice S. Gregorio: *Plerumque gratior est Deo amore ardens post culpam vita, quam securitate torpens innocentia.* (Pastor.). Pero del mismo modo que la tibieza, la caída es deplorable.....

¿Cómo es, dice Isaías, que la ciudad fiel se haya convertido en una ramera? La justicia habitaba en su recinto; ahora no es más que un albergue de homicidas: *Quomodo facta est meretrix civitas fidelis? Justitia habitavit in ea, nunc autem homicida.* (I. 21).

Tu plata se ha convertido en escoria: *Argentum tuum versum est in scoriám.* (Id. I. 22).

¿Por qué ha perdido su brillo el oro? dice Jeremías. Su resplandor ha desaparecido, y las piedras del Santuario han sido esparradas en la entrada de todas las plazas: *Quomodo obscuratum est aurum? Mutatus est color optimus; dispersi sunt lapides Sanctuarii in capite ornatum platearum.* (Lament. IV. 1).

Los hijos de Sion eran hermosos y estaban cubiertos de oro purísimo: ¿cómo han sido tratados á manera de vasos de barro? *Filii Sion inelyti et amieti auro primo: quomodo reputati sunt in vasa testea?* (Id. IV. 2).

Causas de las caídas.

El que desprecia las cosas pequeñas, caerá poco á poco en faltas graves, dice el Eclesiástico: *Qui spernit modica, paulatim decedit.* (XIX. 1). El que no quiera llorar sus pecados y evitar cometer otros nuevos, pierde la justicia, dice S. Gregorio; no á la verdad de repente, sino poco á poco: *Qui peccata flere, ac devitare negligit, á statu justitiæ, non quidem repente, sed partibus, totus cadit.* (Pastor.).

Tened en cuenta, dice S. Agustín, que allí donde visteis caer á otro, hay un precipicio: *Nimirum præceps est, ubi alium conspexeris cecidisse.* (Sentent.).

¡Feliz de aquel que se ha vuelto prudente con las caídas de los demás y teme despenarse!

El que no vigila y confia en sus propias fuerzas caerá bien pronto.....

¿No ha de levantarse el que cae? dice Jeremías: *Numquid qui cadit, non resurget?* (VIII. 4). ¿Acaso aquel que cae, no cuida de levantarse luego, no hace todos los esfuerzos posibles para conseguirlo, no emplea todos los medios que están en su mano? De la misma manera los que han caído marchando por el camino de la salvacion, deben cuidar de levantarse pronto. ¡Qué grande no es la locura del pecador que quiere permanecer en el pecado! Cuando era menester mantenerse de pié, dice S. Cipriano, han caido; y cuando era menester levantarse, no han querido. (Serm.).

Es preciso levantarse pronto de las caídas.

El pecado que no se borra con una penitencia pronta lleva con su influencia á una nueva falta, dice S. Gregorio: *Peccatum quod penitentia non deletur, mox suspendere ad aliud trahit.* (Lib. XXV. Moral., c. XII).

Causa de las recaídas.

De un abismo se cae á otro abismo, dice el Real Profeta: *Abyssus abyssum invocat.* (XII. 8).

El pensamiento sucede á la mirada, despues del pensamiento viene el deleite, despues del deleite el consentimiento, despues del consentimiento la accion, despues de la accion la costumbre; y bien pronto la costumbre se cambia en necesidad, y la necesidad lleva la desesperacion seguida de la impenitencia final y de la condenacion, justo castigo de la impenitencia.

El vicio engendra el vicio, dice S. Isidoro: David cayó del adulterio al homicidio, (Lib. de sum. bona, CXXIII). Con la recaída se añade un pecado á otro pecado, un crimen á otro crimen se multiplican los eslabones de la cadena, que cubre, oprime y ahoga por toda la eternidad.

Cuando el espíritu inmundo, dice Jesucristo sale de un hombre, anda errante por los lugares desiertos, buscando el reposo; y como no lo encuentra, dice: volveré á la casa de donde he salido; y volviendo, la encuentra vacía, limpia y adornada. Entonces va y toma en su compañía á otros siete espíritus más malos que él, y habitan allí; y el último estado de aquel hombre es mucho peor que el primero: *Et sunt novissima hominis illius pejora prioribus.* (Math. XII. 43-45).

Estado horrible en que nos sumerge la recaída.

Es preciso meditar con temor este pasaje de la Escritura, más bien que explicarlo, dice el venerable Beda: *Timendus est iste versiculus, non exponendus.* (In Evang.).

Cuando nuestro Señor hubo curado al paralítico, le dijo: Ya estás curado, no vuelvas más á pecar, á fin de que no te suceda algo peor: *Ece sanus factus es; jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.* (Joann. V. 14).

Mejor les hubiera valido, dice el apóstol S. Pedro, no haber conocido el camino de la justicia, que volver atrás despues de haberlo conocido, y abandonar la ley santa que se les habia dado: *Me-*

lius erat illis non cognoscere viam justitiæ, quam post agnitionem retrorsum converti ab eo, quod illis traditum est, sancto mandato. (II. II. 21).

¡O desdicha tremenda al mirar atrás! exclama S. Agustín: *¡O malum retrospicere!* (In Medit.).

Jesucristo dice también: El que pone su mano en el arado y mira atrás, no es á propósito para el reino de Dios: *Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei. (Luc. IX. 62).*

Los malos y los impostores, dice S. Pablo á Timoteo, se fortificarán más y más en el mal y en el error, extraviando á los otros: *Malis homines et seductores proficient in pejus; errantes, et in errorem mittentes. (II. III. 13).*

Es imposible, dice aquel gran apóstol á los Hebreos, que los que ya una vez hayan sido iluminados, hayan gustado los bienes del Cielo, hayan recibido el Espíritu Santo, se hayan alimentado de la palabra santa de Dios y de las maravillas del siglo futuro, y han caído, sean renovados por medio de la penitencia; porque, con todo lo que está de su parte, crucifican de nuevo al Hijo de Dios y le exponen á la ignominia. Pues una tierra recibe la bendición de Dios, cuando siendo regada produce las plantas necesarias á los que la cultivan; pero cuando no produce más que malezas y zarzas, se la abandona, se la maldice, y al fin es quemada. (VI. 4-8).

Es imposible, esto es, muy difícil; porque, añade aquel gran apóstol, si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no nos queda hostia que ofrecer por los pecados, sino ántes bien una horrenda expectation del juicio y del fuego abrasador que ha de devorar á los enemigos de Dios. (X. 26-27).

En verdad, aquí se trata principalmente del pecado de apostasía.

El viento no se lleva el trigo, la tempestad no derriba un árbol sólidamente arraigado: sólo la paja es arrebatada y quedan arrancados los árboles sin raíces. Los que vuelven á caer tantas veces en pecado, se parecen á la paja ligera ó á un árbol cuyas raíces están corrompidas.

Con la recaída, dice S. Bernardo, se pierde la vergüenza, nos volvemos temerarios, corrompidos, llenos de ignominia y de confusión. Se cae de la tierra firme al barro, del trono á una cloaca, del cielo al infierno. (Serm. in Psal.).

Aquel, añade el mismo Santo, que después de haber obtenido el perdón de sus pecados cae de nuevo, se convierte tantas veces en hijo del infierno, cuantas vuelve á caer. Temed por la gracia recibida: temed todavía más por la gracia perdida; pero temed sobre todo por la gracia recobrada: *Timeas quidem pro accepta gratia: amplius pro amissa; longe plus pro recuperata.* (Serm. III de Assumpt.).

No pequéis después de haber obtenido vuestro perdón, dice S.

Crisóstomo, no os dejéis herir después de haber sido curados, no os mancheis después de haber recibido la gracia. Pensad que la falta es más grave después de haber sido perdonados; que el renovar una herida es mucho más dolorosa después de la cura; que la mancha es más horrible cuando se cae del estado de gracia. El que peca después de haber obtenido su perdón, es indigno de indulgencia; el que se hierde á sí mismo después de haber sido curado, no merece que le curen de nuevo; el que se hunde en el cieno después de haber sido purificado por la gracia, no merece serlo otra vez. Pecar es una falta grave, y volver á caer en el pecado después de la absolución, es más grave todavía.

El criado que ultraja á su dueño después de haber recibido la libertad, hasta es indigno de llevar el nombre de criado. (Serm. in prim. hom. lapsu).

¿De qué le sirve el haberse lavado á aquel que después de haberse purificado por haber tocado á un muerto, lo toca de nuevo? dice el Eclesiástico. Así el hombre que ayuna después de sus pecados y los comete de nuevo, ¿de qué le sirve su mortificación? ¿quién oirá su oración? (XXXIV. 30-31).

Aprended con esto que la recaída en el pecado es más grave y más peligrosa que el mismo pecado, sea á causa de la ofensa que hace con su ingratitud el hombre que ha sido ya perdonado, sea á causa de la renovación y del acrecentamiento de la primera falta. El que recae, lo hace con más fuerza y más profundamente; porque Dios detesta al incorregible, lo abandona y desprecia; aun más, lo castiga con especial rigor. Hé aquí por qué Jesucristo recomienda al paralítico curado que no vuelva á pecar, por miedo á que su estado no empeore. Hé aquí por qué, al absolver á la mujer adúltera, Jesucristo la advierte y le dice: Anda y no vuelvas ya á pecar: *Vade, et jam amplius noli peccare.* (Joann. VIII. 11). En cuanto al mismo cuerpo, ¿no son siempre las recaídas más terribles y peligrosas que la enfermedad primera?

Si recaemos, dice Jeremias, moriremos en nuestra confusión, y la vergüenza nos cubrirá enteramente, porque nosotros y nuestros padres hemos pecado contra el Señor nuestro Dios desde nuestra mocedad hasta el día de hoy, y no hemos escuchado su voz. (III. 25).

¡O insensatos Gálatas! exclama S. Pablo: ¿Quién os ha fascinado para no obedecer á la verdad? ¡Es tan grande vuestra locura que, habiendo principiado por el espíritu, acabeis por la carne? ¡O insensatos Gálatas! *¿Quis vos fascinavit non obedire veritati? ¡Sic stultis estis, ut cum spiritu cœperitis, nunc carne consumemini?* (III. 1-3).

El imprudente que vuelve á empezar sus locuras, es como el perro que vuelve á su vómito, dicen los Proverbios: *Sicut canis qui revertitur ad vomitum suum, sic imprudens qui iterat stultitiam suam.* (XXXVI. 11).

Casi todos los que tienen la desgracia de vivir en la recaída

y en la costumbre del pecado, mueren en este triste estado. El pecado, dice S. Agustín, pone en una cárcel, la recaída cierra la puerta, y la costumbre la empareda. (*Lib. de Confess.*).

Hallándose enfermo el demonio, dice un poeta, quiso hacerse fraile; pero así que se halló sano, permaneció tal como era antes:

*Dæmon languēbat, monachus tunc esse volebat;
Ast, ubi convaleuit, mansit ut ante fuit.*

¿No es este el espectáculo que ofrecen los que caen en graves enfermedades, y cuya vida entera está llena de crímenes? El mal les asusta, no quieren morir como han vivido, quieren volver sinceramente á Dios; pero si Dios les devuelve la salud, cometen de nuevo las mismas faltas.

Castigos impuestos á las recaídas.

Obscúrense sus ojos, para que no vean, dice el Salmista, y traedlos siempre agobiados. Derramad sobre ellos vuestra ira, Dios mio; y alcánzeles el furor de vuestra cólera. Vos permitiréis que añadan iniquidades á iniquidades, y no acierten con vuestra justicia: *Appone iniquitatem super iniquitatem eorum, ut non intrent in justitiam tuam.* (LXVIII. 28). Queden borrados del libro de los vivientes, y no oçpen sus nombres un lugar entre el de los justos: *Delentur de libro viventium, et cum justis non scribantur.* (LXVIII. 33).

Si perseverais en vuestra malicia, perecoreis, dice el primer libro de los Reyes. (XII. 25).

Mejores de evitar la recaída.

Me he despojado de mi túnica: ¿cómo podré volvérmela á poner? He lavado mis piés: ¿cómo los volveré á manchar? *Exspoliavi me tunica mea: quomodo induar illa? Lavi pedes meos: quomodo inquinabo illos?* (Cant. V. 3).

¿Habeis pecado, hijo mio? No volvais á caer, dice el Eclesiástico; orad ántes al contrario, á fin de obtener el perdon de vuestras caídas: *¿Fili, peccasti? Non adicias iterum, sed et de pristinis deprecare ut tibi dimittantur.* (XXI. 4).

CALVARIO.

SEGUN S. Jerónimo, Adán fué sepultado en el Calvario, en el mismo lugar en que fué crucificado Jesucristo. De este hecho hacen derivar el nombre de Calvario que tiene la montaña de la crucifixion, nombre debido á la cabeza de Adán allí enterrada. La misma razon dan para explicar la costumbre de los pintores de colocar una cabeza al pié de la cruz de Jesucristo (1).

Orígenes, S. Epifanio, S. Atanasio, S. Cipriano, S. Ambrosio, etc., participan tambien de la opinion que Adán fué sepultado en el Calvario; allí es tambien, segun S. Jerónimo, donde tuvo lugar el sacrificio de Abraham. Esto es lo que dice S. Agustín sobre el particular, (*Civ. Dei, c. XXXII.*): El sacerdote Jerónimo ha escrito que habia sabido de una manera cierta que Isaac habia sido sacrificado en el Calvario, que allí mismo habia sido sepultado Adán, siendo tambien el lugar donde fué crucificado Jesucristo.

Isaías, vislumbrando los beneficios que la muerte de Jesucristo haria derivar del Calvario, exclamó: El Dios de los ejércitos preparará sobre esta montaña, para todas las naciones, un festin, en el qual se servirán toda clase de manjares y vinos los más deliciosos: *Et faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vindemiae, pinguium medullatorum, vindemiae defecate.* (XXV. 6).

Sobre esta montaña Dios romperá las cadenas que tenian aprisionados á todos los pueblos, y las redes tendidas contra todas las naciones: *Præcipitabit in monte isto faciem vinculi colligati super omnes populos, et telam quam orditus est super omnes nationes.* (XXV. 7). El Señor Dios destruirá allí para siempre el imperio de la muerte; allí secará las lágrimas de todos aquellos que lloran, y la tierra no verá más el oprobio de su pueblo: *Præcipitabit mortem in sempiternum; et auferet Dominus Deus lacrymam ab omni facie, et opprobrium populi sui auferet de universa terra.* (XXV. 8). Diráse en aquel dia: Verdaderamente que este es nuestro Dios; en El hemos esperado, y El nos salvará. Éste es el Señor; nos hemos mantenido en la esperanza, y ahora nos regocijaremos; y en la salud que viene de El nos holgaremos: *Et dicet in die illa: Ecce Deus noster iste, expectabimus eum, et salvabit nos: iste Dominus, sustinuimus eum, exultabimus et letabimur in salutari ejus.* (XXV. 9). El poder del Señor reposará sobre esta montaña. (XXV. 10).

(1) Esta cabeza puede tambien mirarse como el símbolo de la victoria que Jesucristo consiguió de la muerte. (*Nota del Traductor.*)

CANTO.

Dios prescribió al Canto.

CANTAD á nuestro Dios, cantad, dice el Salmista: cantad, cantad salmos á nuestro Rey; porque Dios es el Rey de toda la tierra: cantadle salmos con sabiduría: *Psallite Deo nostro, psallite: psallite Regi nostro, psallite; quoniam Rex omnis terrae Deus: psallite sapienter.* (XLVI. 7-8). Reyes de la tierra, cantad al Señor, celebrad en coro al Eterno; cantadle salmos á Dios: el cual se elevó al más alto de los cielos, desde el Oriente. (LXVII. 33-34). Entonad salmos, tocad el pandero, el armonioso salterio junto con la cítara: *Sumite psalmum, et date tympanum; psalterium jucundum cum cithara.* (LXXX. 2). Tocad las trompetas en el novilunio, en el gran día de vuestra solemnidad. (LXXX. 3). Cantad al Señor un nuevo cántico: El ha obrado maravillas: *Cantate Domino canticum novum, quia mirabilia fecit.* (XCVII. 4). Cantad sus alabanzas, cantadas acompañados de instrumentos: *Cantate ei, et psallite ei; narrate omnia mirabilia ejus.* (CIV. 2).

Ventajas del canto.

¿Está triste alguno de vosotros? dice el apóstol Santiago. Que ora. ¿Está contento? Cante salmos: *¿Tristatur aliquis vestrum? Oret. ¿Equo animo est? Psallat.* (V. 13). Y tanto en medio de la tristeza como en medio de la alegría, unid la oracion al canto, y el canto á la oracion. Cantar es orar. El canto conserva y aumenta la alegría, nos lleva á orar á Dios, y á exaltarle.

Hé aquí por qué razones la Iglesia ha establecido el canto y la salmódia en sus fiestas: 1.º á fin de que los fieles se hallen excitados al amor de Dios; 2.º á fin de que no tengan más que un mismo espíritu y un mismo corazón, así como las diversas voces se unen para no constituir más que una sola y dulce armonía, dice S. Atanasio: *Sicut variae voces in unam harmoniam consentiunt, ita in unum fidelium animi conspirent.* (Lib. ad Marcel. de Psalmis); 3.º á fin de que, con la suavidad del canto, se dilaten los espíritus para recibir con mayor avidez la fuerza y la eficacia de los divinos oráculos, dice S. Basilio: *Ut suavitate cantus demulceantur animi, ut divinorum oraculorum vim et efficaciam avidius excipiant.* (pref. in Psal.); 4.º á fin de imitar, segun dice S. Cirilo, á los ángeles y á los serafines, que constantemente cantan himnos en alabanza del Señor, y repiten sin cesar: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios, el Altísimo. (Isai. VI. 3-Cathec. XIII).

El canto, dice S. Agustín, es el mensajero de la paz, un perfume espiritual, el ejercicio de los espíritus celestiales, reprime el desahogo, inspira la sobriedad, y hace correr dulces lágrimas (1).

(1) Psalmus est signifer pacis, spirituale tympanum, exercitium coelestium: luxum reprimi, sobrietatem suggeri, lacrymas movet. Pref. in Psal.

El canto, dice S. Basilio, es el reposo del alma, un principio de paz; calma el tumulto y el movimiento de los pensamientos; dulcifica la ira. El canto prepara los hombres al amor, une á los que estaban separados, reconcilia á los enemigos. Porque, ¿quién es el que podrá mirar como enemigo á aquel cuya voz se une con la suya para elevar sus preces al Cielo? El canto ahuyenta los demonios y llama en ayuda á los ángeles de la guarda; es una seguridad contra los terrores nocturnos, un descanso en medio de los trabajos del día, el sosten de la infancia, el canto de la juventud, el consuelo de los ancianos, el adorno más conveniente de la mujer: el pueblo la sociedad; es un elemento de perfeccion para los principiantes, un aumento para los que hacen progresos, y la consumacion de los perfectos. El canto es la voz de la Iglesia, y es indispensable para sus fiestas. El canto es la ocupacion de los ángeles y la magnificencia de la república celestial (1).

El canto, dice S. Crisóstomo, es la santificacion del alma, el risueño concierto de los espíritus, una flecha agudísima contra los ángeles de las tinieblas: los ciegos huyen ménos rápidamente de las flechas de los cazadores, de lo que los demonios huyen del canto de los Salmos de David. David toma su arpa y toca, y el espíritu maligno se retira de Saúl, cae como el ciervo herido de un dardo mortal (2).

Leemos en la vida de los Padres de la Iglesia que á ninguna oracion teme tanto el demonio como á la salmódia. Solonio (*in Prato Spirit.*, CLII), indica la razon de esto: En la salmódia, dice, ora rogamos é invocamos á Dios para nosotros mismos, alabándole, ora perseguimos á los demonios con imprecaciones y maldiciones.

El canto, añade S. Crisóstomo, lleva consigo un placer útil. Su ventaja principal es alabar á Dios, purificar el alma, elevar los pensamientos hácia el Cielo, proclamar los dogmas en su concision y pureza, enseñar sanamente las cosas presentes y futuras. Por más petulante que sea el que cante, si canta con respeto, se libra de la vivacidad que le tiraniza, y aunque estuviera agobiado de tristeza y de males, se halla aliviado con el placer del canto, que eleva su pensamiento y su espíritu hácia el Cielo (3).

(1) Psalmus est amoniarum tranquillitas, pacis arbiter, turbas et fluctus cogitationum compescens, iracundiam molit. Psalmus amicitiae conciliator, dissidentium conjunctio, inimicorum reconciliatio. Quis enim inimicum existimabit eum, cum quo unam ad Deum vocem emittit? Psalmus demonas fugat, auxiliares angelos advocat, in nocturnis terroribus securitas, in diurnis laboribus respies est: infansibus tota ha, puerilibus decur, senibus solatium, mulieribus honestissimus ornatus, solitudinis peccatus facit: elementa incipientibus, incrementum proficientibus, consummatum perfectiorum. Psalmus est vix Ecclesiae, ac dies festos agit. Psalmus est angelorum opus, caelestis republicae spirituale ornamentum. Proem. in Psal.

(2) Psalmus est anime sacrificatio, est pulcher animi concentus, acutissimum telum contra daemones; nec cervi ita tela fugiunt, ut Psalmos David daemones. Sorsit David citharam, et pulsavit, et Saulis recessit malus spiritus, et recedens diemon cecidit, ut servus sagitta percussus et in jecore solutus. In Psal. XIV.

(3) Psalmus habet voluptatem cum utilitate. Principale eius lucrum est ad Deum hymnos dicere, animam expurgare, cogitationem in altum extollere, vera et decorata dogmata discere, de praesentibus et futuris philosophari. Licet milites petulant sitis qui cantat, dum psallim reveretur, sopit tyrannidem suae petulantiae: licet oppressus sit malis innumeris, et ab egritudine animi occupetur, dum demulcetur á voluptate, levat animum, extollit cogitationem, et mentem in sublime evehit. In Psal. CXXXV.

El canto, dice S. Agustín, es el tesoro común de la doctrina divina; desembaraza el alma de todas las pasiones que la atormentan: *Psalterium est communis quidam divina doctrina thesaurus, et unicuique animarum passionibus, quae humanas animas varie angunt, subvenit.* (Psal. initio).

El canto, dice S. Justino, lleva dulcemente á piadosas aspiraciones; calma las concupiscencias y los deseos de la carne, ahuyenta los malos pensamientos que el demonio sugiere, da á los combatientes generosa fuerza y consistencia en las adversidades; proporciona á las almas piadosas un remedio que alivia y cura los males de la vida, pruebas del cristiano. (*Quaest. CVII. ad Orto.*).

El canto, dice S. Isidoro, consuela los corazones tristes y abatidos, da alegría al alma, disipa el fastidio, excita á los perezosos, y brinda á los pecadores con el arrepentimiento. Porque, á pesar de la dureza del corazón humano, al momento que oye la dulce melodía del canto, se siente conmovido por sentimientos de piedad. Yo no sé cómo el corazón se conmueve más, si con las modulaciones del canto ó con cualquier otra cosa: muchos se extasían ante la hermosura, la dulzura del canto, y lloran sus pecados. (*Lib. VII. de Sentent. CVII.*).

Así la Iglesia, como ya lo hemos dicho, se sirve en sus divinos oficios del cántico y de la música para excitar la devoción de los fieles, la actividad espiritual, el regocijo, y también para instarles á que sirvan á Dios y hagan resistencia á Satanás.

Después de haber experimentado estos divinos efectos del canto, S. Agustín exclama: Al oír estos himnos, al oír estos cánticos celestiales, ¡qué torrente de lágrimas hacían brotar de mi alma violentamente conmovida los suaves acentos de vuestra Iglesia! Se resbalaban dentro de mi oído y derramaban vuestra verdad en mi corazón; levantaban en mi los más vivos arrebatos de amor; y corrían mis lágrimas, lágrimas deliciosas! (1).

El canto, dice S. Ambrosio, es la voz de las bendiciones del pueblo, la glorificación de Dios, una manera muy agradable de alabarle que le place infinitamente. El canto es un aplauso general, una enseñanza que á todos conviene, la voz de la Iglesia, un acto de fe, de esperanza y de amor más expresivo, una devoción seductora, el acento alegre de la libertad, la manifestación pública del regocijo y de la felicidad. El canto calma la cólera, aleja la inquietud, disipa los negros pensamientos y las tentaciones de desesperación. Es un arma contra las potencias de las tinieblas, un maestro asiduo, un escudo contra el temor, es el placer de los Santos, es la imagen del contento, la prenda de la paz y de la concordia. (*Prof. in Psal.*).

Resuene el eco de los Salmos, dice S. Agustín, y los ciegos verán, oirán los sordos, los paralíticos recobrarán el movimiento, andarán

(1) *Quantum flevi in hymnis et canticis tuis, suave sonantis Ecclesiae tuae vocibus commotus acriter! Voces illae influebant auribus meis, et eliquebatur veritas tua in cor meum, et exultabam inde affectus pietatis, et curdebant lacrymae, et bene mihi erat cum eis.* *Lib. IX. Confess., c. IV.*

los cojos, se curarán los enfermos, y los muertos resucitarán: estos son los efectos del canto. Es preciso que la música deje oír sus acentos, que excite en nosotros el deseo y el amor de las cosas divinas, que disipe nuestra languidez espiritual, que se apodere de nuestra alma, que azote en nosotros al hombre viejo, lo ridiculice, lo crucifique y lo entierre. Por esto los Santos que han sufrido el martirio, ó han mortificado su carne é inmolado sus pasiones, tocan el arpa ante el Cordero, según nos lo manifiesta el Apocalipsis: *Audiri vocem de caelo sicut citharatorum, et cantabant quasi canticum novum ante sedem.* (XIV. 2-3.-Aug., in Psal. XXXVI).

Quisiera, añade aún S. Agustín, poder salmodiar y cantar las alabanzas del Señor por todo el universo, á fin de sacudir el sueño y la torpeza del género humano. (*Lib. IX. Confess., c. IV.*).

Los usos, los fines y los frutos del canto sagrado, son numerosos, dicen los santos Padres.

Nada, dice S. Crisóstomo, eleva el alma y le da libertad; nada la libra de los lazos del cuerpo y la llena del amor de la sabiduría nada expresa mejor su desprecio de los frágiles bienes de este mundo; nada la hace adelantar tanto en el deseo de la virtud, como el canto piadoso y bien ejecutado. Por esto el mismo Dios hizo los salmos, los himnos y los cánticos para ser cantados y para que los hombres encuentren en ellos utilidad y dicha. (*Prof. in Psal. XLI.*).

Después del paso del mar Rojo, después de un milagroso triunfo conseguido contra sus numerosos y crueles enemigos, Moisés y el pueblo de Dios, llenos de alegría, entonaron en acción de gracias aquel hermoso cántico: Cantemos al Señor, puesto que ha hecho resplandecer su gloria; ha sepultado en el mar el caballo y el caballero, etc. (*Exod. XV. 1.*).

Se lee en el Eclesiástico que el rey David estableció cantores que se colocaban delante del altar y á quienes él acompañaba con los armoniosos sonidos del arpa. (*XLVII. 14.*). Los cantores, dice en otra parte el sagrado autor, hacían resonar sus cánticos, y llenaban el templo de agradable melodía. (*Ibid. L. 20.*).

Los serafines, dijo Isaías, cantaban á coros diciendo: Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria: *Clamabant alter ad alterum: Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus exercituum: plena est omnis terra gloria ejus.* (VI. 3). Hé aquí por qué S. Juan Damasceno enseña que la Iglesia ha imitado el coro de los serafines estableciendo los cantos alternativos. El canto y la salmodia son pues la ocupación de los ángeles: los que cantan participan de la obra de los espíritus celestiales y mezclan su voz con la suya.

Hoy, en la ciudad de David, acaba de nacer un Salvador para nosotros, el Cristo, el Señor, dijo el Ángel á los pastores anunciándoles el gran prodigio del nacimiento de Jesucristo. Y de repente á sus lados apareció una multitud que pertenecía á los ejércitos celestiales

Los patriarcas
y los profetas
han cantado
las alabanzas
del Señor.

Los ángeles
cantan en el
cielo.

les, alababa al Señor y decía: Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad: *Et subito facta est cum angelo multitudo militie celestis, laudantium Deum, et dicentium: Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* (Luc. II. 13-14).

¿No pronunció la bienaventurada Virgen Maria el sublime cántico del *Magnificat*?

Felices son los que cantan las alabanzas del Señor.

Feliz el pueblo, Señor, que sabe alegrarse en Vos, dice el Salmista. Oh Señor, á la luz de vuestro rostro caminarán vuestros hijos; se regocijarán en vuestro nombre durante todo el día, y mediante vuestra justicia serán ensalzados; puesto que Vos sois la gloria de su fortaleza, y por vuestra buena voluntad se ensalzará nuestro poder: *Beatus populus qui scit jubilationem, Domine, in lumine vultus tui ambulabunt; et in nomine tuo exultabunt tota die, et in iustitia tua exultabuntur; quoniam gloria virtutis eorum tu es.* (LXXXVIII. 16-18).

El que alaba á Dios tanto en la adversidad como en la prosperidad, entona el himno más bello ante Dios y los hombres.

Si estais en la abundancia, dice S. Agustin, dad glorias á Dios por medio de un cántico de accion de gracias: si vivis en la indigencia ó si cambia vuestra posicion una gran pérdida, cantad tambien con confianza; cantad con vuestro Dios, haced vibrar las cuerdas de vuestro corazon como las de mi instrumento: que os acompañe como un arpa sonora y armoniosa cuando digais: El Señor me lo ha dado, y el Señor me lo ha quitado; hágase la voluntad de Dios, y bendito sea su nombre: *Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* (Job. I. 21).

Es preciso cantar á menudo.

Señor, dice el Salmista, sois para siempre el objeto de mis alabanzas. Bendigaos mi labio, celebre vuestra gloria y vuestra grandeza todo el día: *In te cantatio mea semper. Repleatur os meum laude, ut cantem gloriam tuam, tota die, magnitudinem tuam.* (LXX. 6-8).

Cantaré á mi Dios mientras viva: *Psallam Deo meo quamdiu fuero.* (Psal. CXLV. 2).

Una vida santa es un canto perpétuo, una continua y dulce armonía.....

Con qué sentimientos es menester cantar?

Instruíos y exhortaos los unos á los otros, dice el gran Apóstol á los Colosenses, por medio de salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando de corazon y con edificación las alabanzas de Dios: *Docentes, et commoneutes vos metipsos, psalmis, himnis, et canticis spiritualibus, in gratia cantantes in cordibus vestris Deo.* (III. 16). *In gratia*; esto es, con piedad, dulzura y respeto: *In cordibus*; esto es, acordándoos de las bondades de Dios. Cantad salmos con sabiduría, dice el Salmista: *Psallite sapienter* (XLVI. 8); esto es,

que vuestro canto esté acompañado de vuestra sabiduría y buena conducta.....

Os celebrará en mis cantos, Señor, en presencia de vuestros ángeles, dice el Salmista: *In conspectu angelorum psallam tibi.* (CXXXVII. 1).

Cantemos aquí en la tierra de tal manera que merezcamos obtener el deseo de agradar á Dios, dice S. Agustin; porque, aunque guarde silencio el que abriga este deseo, entona un canto en su corazon. Al contrario, el que no lo abriga, por más que acaricie los oídos de los hombres con dulce armonía, permanece mudo ante Dios: *Ambulantes ergo, sic cantemus ut desideremus. Nam qui desiderat, etsi lingua taceat, cantat corde. Qui autem non desiderat, quolibet clamore aures hominum feriat, mutus est Deo.* (In Psal. XCVI). Entona un canto delicioso aquel cuya vida y costumbres se armonizan con su voz; acabado el canto, la voz deja de resonar, pero la buena conducta jamás calla, alaba, bendice y adora á Dios sin descanso.

La voz es un don de Dios; por consiguiente es preciso consagrársela.... Desgraciados de aquellos que la prostituyen empleándola en cantos impíos, irreligiosos, obscenos y corruptores..... Es un grande escándalo..... Y el insensato que profana su voz celebrando el vicio, la impudicia, etc., tendrá que dar una estrecha y terrible cuenta á Dios el día del juicio.....

Nunca podemos emplear mal la voz.